

ANTONIO COLINAS (La Bañeza, 1946)

“Sepulcro en Tarquinia”

*E loderó quella che più mi piacque
delle tue donne morte
e il tenue riso ond'ella mi delude
e l'alta imagine ond'io mi consola
nella mia mente*

.....
*e il sogno di volontà che sta sepolto
sotto le pietre mute*
G.A.

Poi mi partia, consumato ogni duolo
DANTE

se abrieron las cancelas de la noche,
salieron los caballos a la noche,
campo de hielos, de astros, de violines,
la noche sumergió pechos y rosas,
noche de madurez envuelta en nieve 5
después del sueño lento del otoño,
después del largo sorbo del otoño,
después del huracán de las estrellas,
del otoño con árboles de oro,
con torres incendiadas y columnas, 10
con los muros cubiertos de rosales
tardíos
y tú en aquel tranvía salpicado
a la orilla del agua por las barcas,
por las luces 15
y el viento y los faroles y los remos,
aquel rostro otoñal que no vería
nunca más, amor mío, nunca más,
detrás de los cristales del tranvía
con un sueño de potros en los ojos, 20
con un hato de ciervos en los ojos,
con un nido de tigres en los ojos,
y con la bruma de los cementerios,
y con los hierros de los cementerios,
y con las nubes rojas allá arriba 25
(encima de cipreses y aves muertas,
del tomillo y los búcaros fragantes)
de los cementerios
navegando en tus ojos

se abrieron las cancelas a la noche, 30

salieron los caballos a la noche,
se agitaron las zarzas del recuerdo,
pasó un desierto (el mar) por mi recuerdo,
lloraba aquella niña en el camino
lleno de cruces 35

si me vieras junto a esta mesa oscura
con la manta y los vidrios de colores,
con el fuego apagado, sin más fuego
que éste de aquí del pecho, de aquel otro
de tus días pasando apresurada 40
hacia el lago y la noche y los jardines,
si me vieras,

si supieras:
ataron los leones con cadenas,
les metieron argollas por las bocas, 45
alguien llenó de plomo cada tubo
de la fuente y el agua de la taza
de mármol,

el agua de la taza sonrosada,
el agua de aquel mármol veteado 50

como serpientes verdes, como sierpes,
la envenenaron toda y allí está
muerta como las hojas que cayeron,
amordazada como los leones,
llena de argollas y de soles muertos, 55
llena de sol y lunas ateridas

debieron de robarles la custodia,
los hachones de oro y aquel cáliz
de ónice y pedrerías muy hermoso,
debieron de picar todos los techos, 60
artesonados, púlpitos, altares

(Tiziano, viejo amigo, había lienzos
cubriendo las paredes y se abrían
las tumbas que ya estaban expoliadas)
todo cayó en efecto, había una música 65
y una luz en ojivas y arquivadas,

Lentz, Scarlatti, Telemann, Vivaldi,
techos llenos de frescos, los sagrarios,
las ancianas maderas aromadas,
carcomidas, lustrosas, de los coros, 70

el retablo, las losas, las trompetas,
el tropel de los ángeles, a veces
un son de mandolino, aquella virgen
de Botticelli con tu rostro, violas
temblando en nuestras venas y un gran coro 75
tronando enfurecido con el órgano,
con el corazón

el corazón, el corazón, salías
sin saber que ya todo había acabado
a la noche de entonces, tan beoda 80

se diría, con los cabellos sueltos, tan sofocada y tímida, tan triste, la música te hacía estremecer, si llorabas las calles empedradas te sentían pasar,	85
había un eco puro si llorabas, algún jardín que daba pena verlo, si llorabas la ciudad encendía sus bujías, todo era de metal, la Vía Láctea crujía si llorabas, el abrigo azul marino, la capucha alzada, bajando muy despacio cada losa, muy deprisa frente a las hornacinas, si llorabas...	90 95
no eras feliz entonces, yo diría, después de los conciertos, yo diría que tu piel era suave como un cetro, como un cetro preciada y dura y firme, qué caja de viola todo el vientre, yo diría	100
que un órgano sonaba por tus venas, quién lo diría, todos te miraban cruzando las murallas, bordeando el teatro romano, si llorabas adelfas en la sombra te sentían pasar, cuánta frescura, crepitaba la grava del sendero, eran tus pasos si llorabas, eran tus ojos de ágata los que soñaban una escena fúnebre entre aquellas columnas abrasadas, si llorabas	105 110
había rojas túnicas prendidas en las zarzas, un bosque amaneciendo, un bosque de cipreses encendidos y sangre en aquel busto destrozado, después del río te perdías lenta, llovía lentamente si llorabas o un huracán reinaba en la ciudad y yo nunca sabía a dónde ibas si llorabas	115 120
(mil ramas tronchó el viento en la espesura, ramas de pinos, de manzanos, de álamos, mórbidos frutos, mazos de rosales, tronchó estatuas dejando cada fuente repleta de agua verde y azufrosa, arrancó campanillas y parterres, el viento abrió ventanas en lo negro y un torbellino de perfumes agrios, un huracán de flores machacadas, un resplandor de rayos violetas	125 130

invadió las estancias de la villa, mil ramas tronchó el viento en la espesura y después de la lluvia violenta, del ozono mordiendo los cristales,	135
después de los caballos alocados brincando por los prados como llamas, goteó el bosque lleno de lujuria, se llenaron de estrellas los tejados, tembló la fría luna en cada charca,	140
un violín amordazó la noche, en Bérgamo, después de la tormenta, un cisne flota en música de Liszt, hunde su pico rojo en agua oscura bajo los pinos ebrios de perfume,	145
como un blanco relámpago se mueve, agita los laureles con sus alas, grita alocado por estrellas húmedas, Bérgamo crece en yedras, crece en ruinas, la están ahogando bosques de castaños, faroles amarillos y cerezos,	150
cisne: bulbo de nieve y lluvia y música, con la cabeza derrotada y flácida, con la cabeza rota sobre el mármol, su cuello es una flor mórbida, exótica, cisne mío, mi juventud dichosa expirando a los pies de Donizetti)	155
si me vieras ahora junto al fuego, penetrado de ti, de tu memoria, hay tanta nieve fuera y sin embargo aún pasa por mi mente aquella villa de Catulo que imaginamos juntos, no la villa con ruinas de Sirmione con música ligera y gente rubia bailando sobre el puente hecho de barcas,	160
no donde Joyce y Pound se han encontrado (debieron de ser dulces los olivos de entonces, cuando el lago devoraba el sol y era de fuego cada ola, olas de verde fuego, cuántos peces desde los miradores y qué hermosas las doncellas del templo y de los baños, Sirmio, Sirmio de entonces, la dilecta entre las islas bellas de aquel lago, cuando la flor llegaba a los almendros tú, Catulo, poeta de Verona, viajabas hasta Asia, Sirmio, Sirmio, llena de labios rojos y de cráteras)	165
hay tanta nieve fuera y sin embargo no me distraen los perros de aquel sueño todo de ópalo y nubes diamantinas, no me distrae la última manzana	170
	175
	180

que se niega a caer, ni los ramajes
llenos de cuervos del nogal, ni el aire
cuajado de humo, ni las alambradas, 185
ni la gallina muerta en el sendero
esta noche pasada, ni los cerdos,
ni sus entrañas rojas goteando
sobre la nieve, sangre tan violenta,
pero me llega otro recuerdo, tengo 190
LIn recuerdo de sangre más valioso,
y qué dulce y qué triste recordarlo

aroma de las hojas que no ardían,
la Venus mutilada del jardín,
los sátiros de piedra en la escalera, 195
los perros del guardián y luna fría
besando los parterres y las torres,
en aquel pabel1ón viví otra vida,
si llegabas de noche entre los pinos
brillaban a lo lejos los faroles, 200
sus galerías de cristal azul,
dentro los candelabros y la música
del piano perfumado de mimosas,
el cuadro aquel de la laguna Estigia
(el Patinir de los verde-manzana) 205
las muchachas más jóvenes bebían
las notas de Chopin y se olvidaban
del champagne espumoso de las copas,
las coronas de rosas se pudrían
sobre sus frentes de marfil y fiebre, 210
ellos tenían libros en las manos
que nunca terminaban de leer,
les inquietaban las estrellas húmedas
y el grito de los cisnes en el lago
les anunciaba el paso de la muerte, 215
la enfermedad y el Arte y el deseo
y el no poder besar aquellos labios
sin pensar en las flores de la sangre,
sospecha de las barcas en la orilla,
chapoteo en los juncos de los remos, 220
cada noche llegaba la visita
de la Muerte con rostros diferentes,
se enlutecía el son de la viola,
en el aire quedaba la amenaza
y un murmullo de ramas en lo oscuro, 225
pavos reales de luz de madrugada,
ruido de campanillas en el claustro,
azucenas tronchadas en la senda,
rojo cojín para aquel joven rubio
que nunca echó las cartas que escribía, 230
ataúd blanco para una dama triste

hay tanta nieve fuera y sin embargo...
ven, pájaro enjaulado, veo un poco

de mí posado en tus dos ojos mínimos,
ven pájaro llegado con la lluvia, 235
déjame que me mire, casi dos
negrísimas cabezas de alfileres
son tus ojos y quiero verme en ellos,
hecho para la Muerte cantas menos
mientras me entregas tardes abrasadas, 240
quisiera apresurarme, tienes todo
lo que perdí en tus ojos, concentrado,
lucha el sueño y la muerte en esta estancia,
luchan quince estaciones en mis ojos,
mis últimos recuerdos, mis ensueños: 245

luego que abriera el Arca recibió
Noé un fétido viento entre sus ojos,
¿ves? Valle Inclán enciende fuegos verdes,
que cante siempre el pájaro de invierno,
¿de qué te quejas, Beatrice d'Este 250
si tienes un vestido hecho de oro?,
bajaron a segar aquel verano
los ángeles: dormían junto al pozo,
después de la tormenta un caballito
rojo paca en el prado azul-lunar, 255
se había llenado el patio del convento
de leones amansados y jilgueros,
tú eres una doncella de Crotona:
¡si no supieras que existe el Amor!
Dufy al andar dejó huellas moradas, 260
Pinki amó el huracán, la luz del bosque,
Bucintoro, no llegues con el sol,
no dormí aquella noche y con el alba
llamaron a la puerta, cuando abrí
sobre la escarcha había una flor de almendro, 265
la enterraron bajo un manzano enorme,
un fragor de bambú sagrado y lotos,
no se reconocía viendo el sol,
se vio desnuda: ardió como una zarza

tú me entregabas lo desconocido... 270
¿recuerdas aún la historia del sepulcro?
entre el mar y las selvas de Tarquinia
alguien abrió el sepulcro de un guerrero
oculto desde el día de su muerte
(etrusco noble bajo las raíces 275
de almendros y olivares endulzados
por la honda primavera de Tarquinia)
a golpe de piqueta entraba el aire
en aquel tabernáculo de sombra,
de milenaria piedra resonante, 280
entraba el aire y todo se mutaba
en polvo negro y sacro que no hedía,
se derrumbó la curva de aquel pecho,
el cerco de la boca, la alta frente,

la enlutecida noche de los ojos,	285
hasta los brazaletes de buen oro	
se hundían en cenizas al tocarlos,	
sólo unas corrompidas vestimentas	
y una hecatombe de armas oxidadas	
quedó sobre el montón de polvo fúnebre,	290
sobre las cuerdas rotas de los brazos,	
(primavera en Tarquinia sepultada)	
se marchitó la fiebre del guerrero,	
el tiempo sepultaba un lirio joven	
bajo los negros pinos,	295
primavera en Tarquinia...	
mientras arriba rasgan los arados	
pedregales ardientes, espinosos,	
mientras penetra el sol en lo más lúgubre	
de la gruta del cíclope y resuena	300
el mar como una ruina en los cantiles,	
abajo, en el sepulcro descubierto,	
los ladrones de tumbas merodean,	
meten sus uñas entre las cenizas,	
rompen los vasos, buscan aquel oro	305
que el tiempo no perdona	
 (se levanta la noche lentamente	
del lago Trasimeno, los olivos	
saben a Dios, sollozan hondos, mansos,	
bajo la luz de plata y esmeralda,	310
subiremos a Gubbio en el ocaso,	
aún hay nieve y ya cuánta primavera,	
el rebaño de cabras rumia siempre	
abajo, entre las ruinas de los templos,	
abre, Noche, tus alas sobre el claustro	315
de San Damiano y las torres de Assisi,	
deja en el aire el cuerpo de la Umbria,	
pobre Francesco, cuánta llamarada	
de sangre inútil, tu sayal, tus manos	
bajo un techo de estrellas temblorosas)	320
tú me entregabas lo desconocido...	
estás allí, remota y entrevista,	
enterrada en la tarde de septiembre	
bajo una lluvia de campanas muertas,	
bajo un monte de higueras venenosas,	325
te recuerdo	
bajo una lluvia de campanas negras,	
bajo una lluvia de campanas lentas	
te arropabas las tardes del invierno,	
si posara en tus venas una mano	330
sentiría la noche y sus campanas,	
cuando callas: campanas expectantes,	
si me sueñas, si esperas, te hallaré	
enterrada bajo una losa fría	
que desgastó la lluvia hecha de bronce,	335
morir contigo en esta tarde única	

cantando en las murallas sonrosadas
por las luces más frías del invierno,
bajo una lluvia de campanas negras
rueda la tarde como un casco de oro 340
sobre la filigrana del asfalto
golpeando las esquinas y las rejas,
serás el fuerte polen de la noche,
el cristal de la tarde, la tormenta
de música que Mozart compusiera 345
el día de su muerte y que no oímos,
mereces la visita de la luna,
tienes una azotea en cada ojo,
abres los muslos, abres las dos manos,
tus dos pechos apuntan a la nieve, 350
tu vientre es una zarza a medio arder,
¿son ramos o racimos esos labios?
morir sin estrujarlos qué delicia,
verte pasar como un río colmado,
ser ajorca en tus pies, en tu muñeca, 355
no besar esos labios, no creer
que esa boca te pertenece, es tuya
y no racimo que se muerde y pasa,
pasa, mujer, como una ola en lo oscuro,
pasa, mujer, como la noche pasa, 360
Amor tiene en los labios cicatrices,
morir sin poseerte qué delicia

tú me entregabas lo desconocido,
a qué bosques, a qué palacios altos
me llevabas cuando nos encontrábamos, 365
a qué ácido estanque, a qué palmeras,
a qué tardes de espinos enlunados,
a qué nave sin rumbo en la negrura,
a qué jardín desconsolado y hondo,
a que terrazas... 370

llegaste entre las tumbas de Torcello,
alta, con la cabeza llena de oro,
tus pies descalzos recorrían Torcello,
la yerba rumorosa de serpientes
(antes de que se hundan estas islas 375
-dijiste- has de cantar su pesadumbre,
su belleza, sus sueños enterrados)
entre tantas estatuas destrozadas
sólo tu mármol palpitaba cálido,
tus dos pechos gloriosos y aquel vientre 380
mórbido y musical como una luna,
y entre las torres, desde la atalaya,
llena de capiteles y de flores,
contemplabas la mar con calma inmensa
mientras ibas tejiendo con la hiedra 385
una grave y bellísima corona
que, ante mis ojos, arrojaste luego

a la mar

fue aceitosa la noche, entre las cañas
vimos partir sin luz la última nave, 390
era el nuestro un suicidio acariciante,
oscuridad profunda y untuosa
de los canales muertos, las iglesias
bizantinas con medio metro de agua,
qué acariciante muerte, qué dulcísima: 395
lámparas de la pesca en la laguna,
Burano, San Francesco del Deserto,
Murano, los palúdicos aromas
de las islas, las ruinas fantasmales,
un infinito gozo y una música 400
hecha con el silencio de la mar,
fue aceitosa la noche, entre las cañas
vimos partir sin luz la última nave,
toda la isla nuestra, cuánto éxtasis
entre pagano y místico en los ojos, 405
creíamos aún en la belleza,
íbamos a enterrar la voluntad
bajo la yerba muda de la isla

debes saberlo ahora que recuerdas:
jamás llegará nadie a este lugar, 410
aquí nos trae el mar los peces muerto
y no hay más vida que la de las olas
estallando en la noche de las grutas,
soñarás una barca cada noche,
soñarás unos labios cada noche, 415
en vano escucharás junto a las rocas,
jamás llegará nadie a este lugar,
recorrerás las salas del convento,
escrutarás la faz de la Diana,
los gatos mirarán la fría aurora, 420
habrá un fresco con grumos de salitre
en la critpa, sin techo del castillo,
el huracán arrancará geranios,
jamás llegará nadie a este lugar,
jamás llegará nadie a este lugar 425
y las gaviotas me darán tristeza

Monterosso al Mare, 1972